

El papel del libro sobre la guerra civil durante los años de la Transición¹

Gonzalo Pasamar Alzuria

Universidad de Zaragoza

En España la censura del libro, a lo largo del período de 1938 a 1977, se puede considerar un elemento destacado de la política de la memoria que impuso el régimen franquista, tanto en lo que se refiere a textos de carácter histórico como a los relacionados con el presente de aquellas décadas. De ese modo el examen de las colecciones editoriales y publicaciones dedicadas a la guerra civil y al franquismo, en los años de la Transición, puede entenderse, a su vez, como una aportación al esclarecimiento de las vías que ayudaron a la sociedad española a recuperar la memoria; es decir, a rescatar una imagen de la guerra, y del subsiguiente régimen político, que fuera más acorde con la pluralidad quien tomaron parte en el conflicto, con las aspiraciones de cambio de los españoles y, en definitiva, con la verdad histórica.²

La publicación de libros sobre la guerra civil durante los años del “desarrollismo” y de la crisis del franquismo se puede considerar como parte de un fenómeno más amplio de modernización del mercado editorial, el cual intentaba acercar los lectores a una cultura más memorial (incluso con nuevos elementos identitarios al apostar por las culturas catalana, vasca y gallega), científica, actualizada y, en definitiva, propia un mercado de masas. Dado que la ley de Prensa e Imprenta de marzo de 1966 delimitaba con cierta precisión cuáles debían ser los mecanismos de supervisión o control del libro – comparado con la ley de Prensa de abril de 1938, ley de origen militar que resultaba completamente discrecional –,³ no es extraño que durante aquellos años surgiera, paradójicamente, un movimiento de disidencia editorial dispuesto a difundir esa clase de cultura; una corriente de autores y sobre todo de editores que se enfrentó al Ministerio de Información y Turismo (MIT) y supo aprovechar los resquicios de la mencionada ley de 1966. Esta corriente – antifranquista en su mayor parte –,⁴ que no comenzó a remitir hasta que no desapareció la censura a finales de 1977 y en 1978, fue la responsable (ayudada por ciertos periódicos y magazines) de una avalancha de publicaciones sobre el tema que llegó a su punto

¹ Gonzalo Pasamar dirige el Proyecto, “La memoria de la guerra civil española durante la transición a la democracia”, financiado por la Secretaría de Estado de Innovación, Desarrollo e Investigación del Ministerio de Economía y Competitividad. Referencia HAR2011-25154 (años: 2012-2014).

² El presente texto complementa y desarrolla las conclusiones de los presentados, por un lado, en el XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Granada 12-15 septiembre 2012), y, por otro, en la revista *Historia Social* (en estudio), titulados, respectivamente, “La memoria de la guerra civil durante la Transición: la aportación de los editores y las colecciones editoriales”, y “El recuerdo de la guerra civil durante la Transición: editores y colecciones históricas y de memorias”.

³ Sobre la ley de 1966 en comparación con la de 1938, véase, por ejemplo, Georgina Cisquella, José Luis Erviti, José A. Sorolla, *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa, 1966-1976*. Barcelona, Anagrama, 2002, pp. 20, 25-33; Elisa Chuliá, *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 42-43, 156-172, y Manuel L. Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona, Península, 1980, pp. 116-119.

⁴ No todos los editores que cultivaron el libro de la guerra civil lo hicieron apostando por valor simbólico del antifranquismo; algunos lo hicieron en apoyo del franquismo y otros por razones exclusivamente económicas.

culminante entre 1976 y 1978.⁵ Sin embargo, para acercarse al mercado del libro sobre la guerra civil de aquellos años conviene examinar previamente las claves sociales de esa demanda, al menos las relacionadas con la memoria y la opinión pública.

El pasado presente de la Transición: opinión pública y memoria de la guerra civil

Desde un punto de vista estructural (es decir, en lo que atañe a los soportes y formas de difusión de la citada memoria), los recuerdos y la opinión que tuvieron los ciudadanos españoles sobre la guerra civil, durante los años de la Transición, se pueden considerar “memoria social” en el sentido clásico de la expresión; esto es, se trata en principio de recuerdos que, además de estar influidos durante años por el concurso de la propaganda franquista convenientemente apoyada en la Iglesia católica, también abarcaban a las vivencias personales y familiares (o circunscritas a círculos cercanos e incluso a grupos de memoria) de las dos generaciones que se mantenían en activo por aquel entonces: la que participó en la guerra y la que “no hizo la guerra” ya fuese por ser demasiado joven o porque nació después de la misma, pero a quien también le tocó vivir sus consecuencias.⁶ Tras la muerte de Franco, la citada memoria social se vería llevada al terreno público gracias a la actividad de numerosas plataformas que se sumaron al movimiento de disidencia editorial o formaron parte de él (nuevos periódicos y magazines, películas, series de televisión, literatura, retorno y homenajes a exiliados destacados, formación de nuevas asociaciones de memoria – por ejemplo, la de los aviadores republicanos, etc.). La proliferación de grupos políticos entre 1976 y 1977, su sola presencia, también ayudó de algún modo a difundir la memoria social de la guerra; sin embargo, en la medida en que el objetivo de esos grupos era o bien conservar el franquismo o reformarlo, o romper con él, o bien optar en su caso por diversas situaciones intermedias en función de la marcha de los acontecimientos, el problema de hasta qué punto el citado movimiento político contribuyó a avivar dicha memoria está completamente abierto al debate; lo está tanto si se admite que la actividad de los partidos de la oposición marginó la memoria de los vencidos, como si se sostiene lo contrario. A fin de cuentas, como recordaba recientemente un especialista, el olvido es también una parte del fenómeno memorial.⁷

Conviene subrayar, además, que en el desarrollo de la memoria política y de las políticas de la memoria (es decir, el uso de la historia y de la memoria para deslegitimar o construir instituciones) en los procesos de democratización – incluso en los procesos de transición “negociada” –, los recuerdos y percepciones de los ciudadanos juegan un papel muy importante, pues son éstos quienes, pese a los obstáculos de las viejas instituciones o la refracción producida por los partidos, acaban legitimando la política con su voto, además de con otros mecanismos de participación.⁸ En el caso español, en nuestra opinión, la mejor manera de abordar el problema hasta donde llegó el uso de la memoria de la guerra en el terreno político debe comenzar con el examen de las vías “culturales” a través de las cuales los ciudadanos conservaron, desarrollaron o reorientaron esos recuerdos durante los años de la Transición, siendo el terreno del libro una de ellas.

⁵ Francisco Rojas Claros, “Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60”, *Represura*, 4 (octubre 2007), pp. 1-20; del mismo autor, “La represión cultural durante la Transición: los últimos libros ‘prohibidos’ (1975-1979)”, *Represura*, 3 (mayo 2007), pp. 1-20.

⁶ Cuando decimos “memoria social” en un “sentido clásico”, nos referimos a los recuerdos compartidos de determinados acontecimientos por parte de ciertos grupos y generaciones. Véase, Aleida Assmann, “Reframing Memory. Between Individual and Collective Forms of Constructing the Past”, en Karim Tilmans, Frank de Vree, Jay Winter (eds.), *Performing the Past. Memory, History, and Identity in Modern Europe*. The Netherlands: Amsterdam University Press, 2010, pp. 41-42; y Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 172-174.

⁷ Francesc-Marc Álvaro, *Entre la memoria y el olvido. El laberinto de la memoria colectiva*. Barcelona, RBA Libros, 2012, p. 15.

⁸ Alexandra Barahona de Brito, Carmen González-Enríquez, Paloma Aguilar Fernández (eds.), *The Politics of Memory. Transitional Justice in Democratizing Societies*. Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 29-35, 38; Paloma Aguilar, *Memory and Amnesia. The Role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*. New York, Oxford, Berghahn Books, 2002, pp. 162-165.

Cuando a finales de los años sesenta o comienzos de los setenta se inicia la crisis del franquismo y con ello la Transición,⁹ el porcentaje de población española que sólo tenía recuerdos de infancia de la guerra o de la posguerra superaba al número de los que vivieron como adultos ambas situaciones.¹⁰ Este último segmento es muy difícil de especificar desde el punto de vista de la opinión pública y de sus relaciones con la memoria, y quizá sea la historia local la única capaz de examinarlo en profundidad.¹¹ Es posible, no obstante, que los libros de memorias que se comienzan a publicar desde finales de los sesenta y los recuerdos de los exiliados que retornan a España, a partir de 1976 sobre todo, puedan dar alguna pista de cómo se recordaban esas vivencias que habían quedado atrás pero seguían vivas.¹² Tampoco es fácil identificar con claridad a la citada segunda generación. Sin embargo, sí es posible observar en el cambio de década indicios de la presencia de sectores de la población que tenían una memoria más distanciada de la guerra (entendiéndose por “distanciada” un concepto relativo).¹³ Los primeros movimientos antifranquistas del interior (sindicalistas, sectores de la Iglesia católica e intelectuales) también transmitían una visión de la guerra distinta, descargada de tintes heroicos, y trágica. Si, por ejemplo, tomamos en consideración la encuesta que publicó en 1971 el escritor y editor Rafael Borràs Betriu, podremos hallar datos interesantes sobre la memoria social de la guerra, datos que de alguna manera ayudan a entender comportamientos políticos posteriores de la población española.

El libro en cuestión, que se titula *Los que no hicimos la guerra* (una ambiciosa iniciativa que costó más de un millón de pesetas al decir de su editor), consiste en una encuesta realizada a 97 personas procedentes del campo de la creación artística, el periodismo, la universidad y la política, basada en siete preguntas bastantes directas relacionadas con la guerra civil.¹⁴

***Los que no hicimos la guerra* (1971). Preguntas de la encuesta**

1. ¿Cuál es el primer recuerdo – bien sea vivido o por tradición oral – que guarda Ud. de la guerra civil española?
2. ¿Cree Ud. que pudo evitarse la guerra? ¿Fue, por el contrario, inevitable? En cualquiera de ambos supuestos, ¿por qué?
3. Considera Ud. la guerra civil como un hecho “vivo” aún, o cree que pertenece ya al museo de los recuerdos históricos?
4. ¿Se siente Ud. “heredero” de alguno de los dos bandos enfrentados en la lucha?
5. ¿En qué medida la guerra civil ha condicionado su vida y sus quehaceres profesionales?
6. ¿Cree Ud. que el orden cosas nacido como consecuencia del 18 de Julio de 1936 - o si se prefiere, del 1 de abril de 1939 – es irreversible? Es decir, ¿el futuro español seguirá desarrollándose, evolucionando, partiendo de esas fechas, o bien se iniciará desde cero cerrando un paréntesis que, en tal supuesto, las mismas habrían abierto?
7. ¿Cree posible en España una nueva contienda fratricida? ¿Qué supuestos deberían cumplirse, ante tal eventualidad para evitarla?

⁹ Seguimos el criterio clásico de Paul Preston quien considera al año 1969 el momento de inicio de la Transición (*The Triumph of Democracy in Spain*. London, New York, Methuen, 1986, p. 18).

¹⁰ Walther Bernecker y Sören Brinkmann, señalan, por ejemplo, que a la altura de 1975 el porcentaje de la generación de la guerra no superaba el 30 por ciento (*Memorias divididas. Guerra civil y franquismo en la sociedad y en la política españolas*. Madrid, Abada Eds., 2009, pp. 237-238).

¹¹ Ésta referencia a la historia local *Ibid.*, pp. 240-242.

¹² Además de las memorias que se citarán más abajo, véase, Carlos Rojas, *La guerra civil vista por los exiliados*. Barcelona, Planeta, 1975.

¹³ Tal distanciamiento siempre existe pues, como señaló Maurice Halbwachs, no es lo mismo la percepción del presente que el recuerdo del pasado, no obstante ser actividades “presentistas” las dos (*Los marcos sociales de la memoria*, pp. 139-174).

¹⁴ Rafael Borràs Betriu, *Los que no hicimos la guerra*. Barcelona, Nauta, 1971.

La lista de los encuestados incluía a poetas y novelistas, periodistas, editores y directores de periódicos y revistas culturales, músicos, guionistas, actores, arquitectos, médicos, abogados, profesores de universidad, sacerdotes y algunos cargos políticos (todos hombres salvo cuatro mujeres: la escritora Marta Portal, la editora Rosa Regàs, la periodista Carmen Alcalde y la también periodista y guionista, Pilar Miró). Con edades comprendidas entre los 26 y los 46 años, es decir, aquellos nacidos entre 1925 y 1945, su adscripción política iba desde falangistas hasta, como rezaba uno de los informes de censura del MIT, “personas no identificadas con el régimen”. Hay que subrayar que el libro fue interpretado por el propio MIT como una crítica intolerable que pretendía “quitarle a la cruzada todos sus valores espirituales poniendo a los nacionales al mismo nivel que el conglomerado rojo (...) cosa que también [se] hace en el prólogo”.¹⁵ Los censores vetaron más de una docena de autores (en el proyecto presentado al MIT eran 112), y el autor y editor se movilizó rápidamente con una carta a Enrique Thomas de Carranza, director general de Cultura popular y espectáculos, en la que aducía que, para que la encuesta tuviera algún valor, ésta debía dejar margen para “cierta discrepancia”, y que el hecho de que los encuestados admitieran como irreversible la presencia del régimen franquista suponía “una evidente concienciación respecto a la necesidad de evitar a toda costa una nueva conciencia fratricida”.¹⁶ El caso es que la mayoría de los encuestados consideraba que la guerra civil seguía siendo un fenómeno vivo que les había marcado en sus vidas y carreras profesionales. Pero lo más interesante es que dichos encuestados, también los más, aseguraban no considerarse herederos de ninguno de los dos bandos, consideraban que una repetición de la misma era posible pero muy improbable, y algunos sugerían recetas como la reconciliación, el diálogo, el desarrollo económico, la libertad de asociación y la participación política.

Aunque en dicha encuesta nadie se atrevió o se sintió capaz de hacer ningún pronóstico político concreto, sí se observa que la distancia generacional o el paso del tiempo y los cambios sociales habían contribuido al desarrollo de una opinión bastante diferente de la propaganda oficial que ensalzaba la guerra como un acto heroico, religioso y patriótico – matizado a partir de los años sesenta por la teoría de la “paz de Franco”:¹⁷ la nueva opinión mostraba que había un conjunto de españoles que no sólo veía la guerra como una tragedia que no debía repetirse, sino que también veía en la reconciliación una posibilidad para evitar su abrumadora influencia; dicho de otro modo, un sector social y culturalmente representativo de la población española consideraba que la guerra seguía siendo un fenómeno vivo, pero también creía que un distanciamiento del mismo, acompañado de ciertos cambios y valores como los arriba indicados, podrían crear las condiciones para su superación. Esta valoración coincide con los resultados obtenidos de la encuesta realizada por el Instituto de Opinión Pública, dos años antes, a propósito del indulto concedido por Franco en 1969 a los delitos cometidos antes del 1 de abril de 1939, resultados que eran favorables al indulto,¹⁸ y, en general, es también acorde con lo que reflejan los estudios sociológicos de aquella época tanto oficiales como privados. Como rezaba el trabajo de Juan Díez Nicolás, *Los españoles y la opinión pública* (1976), procedente del oficial Instituto de Opinión Pública, a pesar de las incertidumbres, los españoles tenían una visión optimista del futuro de España en la que pensaban que los cambios socio-económicos que se habían producido en los últimos años forzarían a más cambios en un futuro.¹⁹

Más precisos, los informes de la fundación Foessa también reflejaban que en la sociedad española, a partir de 1974, “se habían forjado unas fuertes expectativas de cambio político” dado que “el optimismo generado en los años de crecimiento económico se traspasó insensiblemente al cambio político”, no obstante tratarse de expectativas que se combinaban con una “gran

¹⁵ Informe del expediente de consulta voluntaria (Archivo General de la Administración [AGA]. Cultura. Expedientes de censura de libros, Signatura 73/00663. Expediente 2384).

¹⁶ Carta de Rafael Borràs Betriu a Enrique Thomas de Carranza (16 de julio de 1971) (AGA, *Ibid.*).

¹⁷ Paloma Aguilar, *Memory and Amnesia*, pp. 112-128.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 98-99.

¹⁹ Véase por ejemplo, Juan Díez Nicolás, *Los españoles y la opinión pública*. Madrid. Editora Nacional, 1976, pp. 235-236.

moderación” que iba a continuar en los años sucesivos.²⁰ Efectivamente, los especialistas están de acuerdo en que tras el asesinato del Almirante Luis Carrero Blanco, a finales de 1973, una vez se comenzase a entrever el postfranquismo, ese optimismo se vería claramente matizado por un nuevo elemento que comenzó a hacer acto de presencia en la esfera pública: el miedo a que la crisis económica, la reacción de la ultraderecha y el terrorismo de Eta y de otros grupos, se conjuraran para malograr la transición y provocar otra guerra; es decir, la referencia a la guerra civil entendida como el contrapunto de la Transición una vez ésta se había puesto en marcha con cierta claridad.²¹ No es casual que cuando la prensa democrática propiamente dicha iniciara su andadura en 1976, temas como la reconciliación, la reforma, la ruptura, la conflictividad social y la crisis económica o los exiliados, se hicieran acompañar de la insistencia en que los nostálgicos del franquismo eran una minoría y en que la España del presente no se parecía a la de 1936.²²

Ahora bien, esa mezcla de expectativa en un futuro de reconciliación y de temor a una repetición del pasado, no sólo fue condición necesaria para el uso del mismo en la esfera política;²³ de hecho también fue, paradójicamente, la principal clave para entender las razones de la activación del mercado del libro sobre la guerra civil en España a partir de finales de los años sesenta y durante el período de la Transición.

La eclosión del libro sobre la guerra civil

Durante el segundo franquismo, desde primera mitad de los años sesenta hasta 1973, la memoria oficial de la guerra civil, además de servir de apoyo para legitimar los orígenes de dicho régimen, pasó también a legitimar su consolidación institucional; lo que los especialistas han llamado la consecución de una legitimidad basada en las realizaciones.²⁴ Así tanto los márgenes de tolerancia que ofrecía la ley de Prensa e Imprenta de 1966 –al menos mientras Manuel Fraga Iribarne fue ministro de Información y Turismo, hasta diciembre de 1969– como la creación de una Sección de Estudios de la Guerra Civil por el propio Fraga en 1965, se pueden considerar parte de la citada estrategia de perpetuación del régimen y adaptación a los cambios de la sociedad española. Esta última Sección, que fue dirigida entre 1965 y 1971 por el, primero funcionario del MIT y más tarde periodista, político e historiador Ricardo de la Cierva, fue en realidad un organismo de apoyo al sistema de “lectores” o censores del MIT y estuvo encargado de aconsejar sobre las interpretaciones de la guerra aspirantes a entrar en el mercado editorial español (recordemos que en 1964 Fraga había logrado arrebatar a la jurisdicción militar la censura de libros sobre dicho tema). El objetivo de su director, perpetuado durante su etapa de Director General de Cultura Popular (noviembre de 1973-octubre de 1974), no sólo era componer y difundir una interpretación de la guerra (alejada de la simple versión memorial fabricada en la posguerra y basada en los testimonios de quienes hicieron la guerra del lado rebelde) que refutara los libros que hispanistas y los exiliados venían publicando. También pretendía abrir la mano a otras interpretaciones, incluso a ciertos hispanistas, siempre que éstas no fueran gravemente ofensivas con la figura de Franco o las de los generales franquistas.²⁵ Cuando la Cierva fue Director General no siempre consiguió este último

²⁰ Darío Vila Carro, Francisco Andrés Orizo, Manuel Gómez-Reino, “Sociología del actual cambio político”, en *Síntesis actualizada del III informe foessa 1978*. Madrid, Euramérica, 1978, p. 682.

²¹ Juan Díez Nicolás, *Los españoles y la opinión pública*, pp. 162-163; Juan Luis Cebrián, *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición*. Madrid, Taurus, 1981, pp. 9-10, 13, 20; Álvaro Soto, *La transición a la democracia. España, 1975-1982*. Madrid, Alianza, 1998, pp. 21-22.

²² Véase al respecto, por ejemplo, pertenecientes a los primeros números del diario *El País*, “La guerra quedó liquidada en el 39” (*El País*, 18 de mayo de 1976), Modesto Espinar, “No hay riesgo de guerra civil” (*Ibid.*, 19 de mayo de 1976), José A. Rodríguez, “El bunker se está desmoronando” (*Ibid.*, 28 de mayo de 1976); “Escasa repercusión del 18 de Julio” (*Ibid.*, 20 de julio de 1976); y “La superación del pasado” (*Ibid.*, 5 de agosto de 1976).

²³ Ésta es básicamente la tesis del clásico de Paloma Aguilar, *Memory and Amnesia*, pp. 149-264.

²⁴ *Ibid.*, pp. 41-45.

²⁵ Su visión de la Ley de 1966 se puede observar en Antonio Beneyto, *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona, Plaza & Janés, 1977, pp. 117-119. Por ejemplo, cuando La Cierva publica su biografía de Franco en Editora Nacional (1973) en dos volúmenes lujosamente encuadernados en piel, la presenta como la primera biografía propiamente dicha publicada en España (y la única capaz de replicar a todas las que se

propósito, aunque sí logró, por ejemplo, que se publicaran algunas historias y memorias de carácter anarquista y socialista aduciendo que las críticas de éstas al PCE eran muy útiles para el propio régimen.²⁶ A través de la documentación del AGA conocemos también, por ejemplo, que la Cierva fue partidario de que se autorizara en España el famoso libro de Hugh Thomas, *La guerra civil española*, que había sido publicado en 1961 en París en las Éditions Ruedo Ibérico, y cuyos derechos los había comprado el editor catalán Joan Grijalbo diez años más tarde, pero también sabemos que este intento resultó infructuoso dado que el libro fue vetado personalmente por el propio Franco, y el MIT retrasó la autorización para su publicación hasta finales de 1976.²⁷

Ahora bien, a pesar de las contradicciones del Ministerio, la nueva opinión sobre la guerra civil, basada en la idea de reconciliación y en la necesidad de su superación, fue muy pronto interpretada por algunos editores. Estos la vieron como el punto de partida para un potencial mercado de lectores que deseaban conocer de modo más distanciado la historia y las memorias de la guerra civil.²⁸ En 1966, con la nueva Ley de Prensa e Imprenta, que fue recibida con entusiasmo por editores y escritores, parecía que ese objetivo fuera fácil; pero la realidad pronto demostraría que el régimen se iba a resistir con uñas y dientes a dejar de inmiscuirse en la opinión y en la memoria sobre la guerra civil que la sociedad española comenzaba a trasladar al ámbito público.

El primer editor que se lanzó a la citada tarea de rescate de la memoria y difusión de la historia fue el catalán Alejandro Argullós Marimón, a través de la colección “Horas de España” de la editorial Ariel de Barcelona. “Horas de España” fue una colección que publicó más de cuarenta títulos entre 1966 y 1981, con tiradas entre 2000 y 9000 ejemplares, que eran el reflejo de los primeros estudios sobre la España contemporánea emprendidos por aquel entonces por algunos profesores españoles (Josep Termes, Albert Balcells, Juan José Gil Cremades, Carlos Seco Serrano, Ricardo de la Cierva). Sin embargo, su rasgo más destacado fue su actitud recuperadora y constructiva, con voluntad de neutralidad, ante la historia y la memoria de la guerra civil. Como reza uno de los párrafos de presentación de la colección.

Ediciones Ariel se propone ser rigurosamente imparcial, pues considera deber suyo dar a conocer puntos de vista, apasionados o no, que han sido vigentes en momentos determinados, relatos de hechos vividos con testigos presenciales que contribuyan a explicar nuestro pasado desde diversos ángulos, sobre todo cuando estas narraciones poseen un valor de documento histórico cualquiera que sea su orientación política” (...) “temas del pasado inmediato, ya que éste es sin duda el que más ha de interesar a nuestros lectores y también el menos conocido, por parte de las nuevas generaciones”.

publicaban en el extranjero), pues afirma que, aunque le precedían una veintena de textos publicados en España, todos eran “obras escritas por hombres de la generación que acompañó a Franco (...) [por lo tanto] más vida que historia” (*Francisco Franco, Un siglo de España*. Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. I, presentación sin paginar).

²⁶ Por ejemplo, carta de Ricardo de la Cierva, fechada en 17 de marzo de 1974, al subsecretario del presidente del gobierno (AGA, Signatura 73/03982. Expediente 3881).

²⁷ Carta, de Ricardo de la Cierva, fechada en 25 julio 1971, al subdirector general de Acción Cultural y del Libro, sobre el libro de Hugh Thomas; y documento fechado en 11 de septiembre de 1976 (firma ilegible) en el que se afirma que “después de todo lo que se ha escrito en los últimos años sobre la guerra y sobre estos temas, lo citado ya no constituye nada nuevo. Por lo que el resultado de una denuncia de este Depósito tendría un resultado a nuestro juicio muy dudoso tratándose ya de temas que pueden considerarse históricos y abundantemente tratados en nuestra literatura contemporánea” (AGA, Signatura 73/00498. Expediente 197). Sobre la importancia del libro de Thomas, Albert Forment, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*. Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 188-199.

²⁸ Esta percepción del mercado editorial no es ajena, a su vez, a un interés por la historia de España del siglo XX de tipo académico enmarcado en que ya se veía entonces como un “desarrollo de los estudios de historia contemporánea” (Elías Díaz, *Notas para una historia del pensamiento español actual*. Madrid, Edicusa, 1974, pp. 272-281, y José María Jover, “Corrientes historiográficas en la España contemporánea”, en Juan José Carreras et alii, *Once ensayos sobre la historia*. Madrid, Fundación Juan March, Rioduero, 1976, pp. 234-238).

No fueron fáciles los primeros pasos de la colección. Ésta comenzó (el número 2) con el texto del hispanista Carlos Rojas, *Diálogos para otra España* (1966) – uno de los entrevistados del antes citado libro de Rafael Borràs –, una historia de la idea de España en clave personal en la que su autor repasaba los intentos de formular una visión integradora de la misma y apostaba por un diálogo entre las “dos Españas”. Poco después, “Horas de España” lanzó una novela de carácter memorial firmada por el exfalangista, novelista y crítico literario, convertido más tarde en historiador, Luis Romero, *Tres días de julio (18, 19 y 20 de 1936)* (1966), que fue autorizada a regañadientes por la censura con el argumento de que había que evitar que ocurriera como con la famosa novela de José María Gironella, *Ha estallado la paz* (Barcelona, Planeta, 1966), que fue publicada también en el extranjero y “capitalizada políticamente”.²⁹ Pero el libro que se consideró un auténtico *best-seller* fue sin duda el las memorias de José María Gil Robles, *No fue posible la paz* (1968),³⁰ grueso volumen que venía acompañado de un rico material gráfico compuesto de fotografías, caricaturas de la época, viñetas, portadas de prensa, cartas y cuadros de elecciones, y que llevó al MIT a realizar incluso una consulta al fiscal del Tribunal Supremo, Fernando Herrero Tejedor, debido al último párrafo del texto, párrafo en el que su autor, exiliado en Francia, aseguraba que el franquismo era una dictadura personal totalitaria que no se podía institucionalizar y que además, era inútil que lo pretendiera.³¹

Una vez publicada la obra de Gil Robles, “Horas de España” intentó prodigarse con las memorias pero siguió teniendo innumerables problemas con el MIT. Aquel mismo año editó, por ejemplo, el libro de José Llordés Badía, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España* (1968), prologado por el historiador Carlos Seco Serrano, quien lo presentaba como una excepción a lo que solían ser las memorias, y destacaba que una de las razones de su importancia era el visualizar las complejidades de la guerra y mostrar que muchos combatientes se vieron envueltos en dicho conflicto sin desearlo (en realidad este factor explica en parte el por qué el género memorial comenzó su ascenso). Aunque el libro fue autorizado, esta última idea desagradó a la censura, quien tachó de tendencioso el prólogo por su afirmación de que “la mayoría de los españoles no sabían la causa [profunda] de la guerra”.³² Al año siguiente, animados por la publicación en España, un año antes, de la famosa novela de Ernst Hemingway *Por quien doblan las campanas* (Barcelona, Planeta, 1968), los directores de la colección decidieron presentar a depósito en el MIT las versiones en catalán y castellano del también famoso *Homenaje a Cataluña* de George Orwell (respectivamente editadas en 1969 y 1970). La versión en español llevaba un prólogo de Luis Romero en el que éste defendía la obra por su valor literario y su testimonio no partidista, prólogo al que no opuso objeciones el Ministerio; pero el prólogo de la edición en catalán lo había realizado el escritor catalanista Ramón Folch Camarasa, considerado como un adversario del régimen. Pues bien, el MIT exigió que se sustituyera en ambas versiones, los términos “feixista” y “fascista”, que aparecían más de cien veces en el libro, por otros como “nacionales” y “franquista”. Dado que los editores se negaron a semejante tergiversación, ninguna de las dos versiones fueron autorizadas propiamente hablando, sino que se les dejó en “silencio administrativo” con lo que esto suponía de riesgo de ser denunciadas posteriormente ante el Tribunal de Orden Público.³³

Todavía en el año 1971 se autorizó las memorias póstumas del que fuera ministro de Hacienda y jefe del gobierno en 1935, Joaquín Chapaprieta, tituladas *La paz fue posible. Memorias de un político* (1971). Éstas fueron entregadas a los editores por su hijo a petición de Carlos Seco Serrano, y estaban pensadas para reivindicar la voluntad de acuerdo que había desplegado su padre, ante “las

²⁹ Informe interno de 14 páginas sin numerar (AGA, Signatura 21/17667. Expediente 7160). Sin duda dicho texto está refiriéndose a la traducción al francés que publicó en 1968 la editorial Plon.

³⁰ Según las listas del Instituto Nacional del Libro, en 1968 fue el noveno libro más vendido de una lista de diez títulos (Xavier Moret, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*. Barcelona, Destino, 2002, p. 292).

³¹ Carta de Carlos Robles Piquer, fechada el 17 de noviembre de 1967, a Fernando Herrero Tejedor (AGA, Signatura 21/18705. Expediente 737/78).

³² Informe del expediente de depósito, fechado el 20 de noviembre de 1968 (AGA, Signatura 21/19434. Expediente 10376/68).

³³ La censura de las ediciones en catalán y castellano, respectivamente, AGA, Signatura 66/03219. Expediente 6605, y Signatura 66/05861. Expediente 7399.

generaciones de hoy, más alejadas del fragor de los acontecimientos que hicieron tambalear a España”.³⁴ Sin embargo, los primeros años setenta, con el tándem Alfredo Sánchez Bella y Enrique Thomas de Carranza en el MIT, no fueron nada propios para el mundo del libro, y “Horas de España” abandonó temporalmente la publicación de memorias, para centrarse más en historiadores españoles e hispanistas.³⁵ A partir de 1974-1975 reanudaría esa actividad lanzando, por ejemplo, textos como las memorias del que fuera embajador de la República en Londres y después historiador aficionado, Pablo de Azcárate (*Memorias de la guerra civil*, 1975, y *Mi embajada durante la guerra civil española*, 1976), las memorias del historiador y filólogo exiliado Vicente Llorens (*Memorias de una emigración*, 1975), o las del periodista libertario Adolfo Bueso, *Recuerdos de un cenetista* (2 vols., 1976-78) que estaban escritas en tono galdosiano con un personaje inventado que hacía las veces de narrador. Sin embargo, una muestra de las dificultades todavía presentes con la censura lo muestra el intento de rescatar del olvido algunas de las obras de carácter histórico y testimonial del famoso general republicano Vicente Rojo, en las que éste examinaba ciertos episodios de la guerra como estrategia y responsable militar; en particular *¡Alerta los pueblos! Estudio político militar del período final de la guerra española* (1974), y *España heroica. Diez bocetos de la guerra civil* (1975). Rojo, como se sabe, había sido desposeído de su rango militar y de sus derechos profesionales y civiles en un consejo de guerra celebrado a finales de 1957 al poco de su retorno a España, hecho que lo había condenado al más absoluto ostracismo civil y cultural, al menos en España, donde ningún editor se atrevió a publicar ninguna de sus obras antes de su fallecimiento, acontecido en 1966.³⁶ Su *¡Alerta los pueblos!*, que lanzara “Horas de España”, venía precedida por dos introducciones que parecían una argucia para evitar su prohibición: en la primera de ellas, el capitán de artillería Jaime Renart no regateaba palabras de afecto para quien fue su superior durante la guerra, le rendía homenaje e incluso le despedía con una poesía. Pero en la segunda, el coronel de aviación Ramón Salas, “militar nacionalista”, además de afirmar que no compartía las razones sobre el significado de la guerra que defendía Rojo, le criticaba por ser un “personaje contradictorio y acomodaticio” que “pese a ser un ferviente católico (...) resultó un firme apoyo a la penetración comunista en el ejército”, y se benefició abundantemente de ello.³⁷

Sin embargo, a la altura de 1973 y 1974, la mayoría de los editores comenzaban a introducir libros sobre la guerra civil, o sobre personajes de la misma, en sus catálogos, e incluso algunos estaban pensando en lanzar colecciones, parcial o totalmente dedicadas al tema. El editor más persistente entre 1973 y 1977, fue sin duda el madrileño Gregorio del Toro Perdiguero, quien desarrolló a través de más de 30 volúmenes, con tiradas que iban de 3000 a 5000 ejemplares, una colección titulada “Memorias de la guerra civil española, 1936-39”. Como le confesó al ex-ministro de la República y dirigente del Partido Nacionalista Vasco, Manuel de Irujo, la colección nacía de la convicción de que “todas aquellas personas que tuvieron una destacada actuación durante la guerra de España, tienen un poco la obligación de ayudar a esclarecer muchas circunstancias y hechos de esta contienda y escribir sobre ella”.³⁸ Su deseo principal era el de rescatar la memoria tanto de personajes que tuvieron relevancia durante la guerra como de otros más desconocidos que tenían antes un valor de memoria social que propiamente de memoria política. Vistas las dificultades de la censura, del Toro tuvo que comenzar por estos últimos. El primer volumen, las *Memorias de un artillero* (1973), de José Carrasco Canales, un texto escrito en 1942, era presentado por el escritor

³⁴ Joaquín Chaparieta, *La paz fue posible. Memorias de un político*. Barcelona, Ariel, 1971, p. 9.

³⁵ Respecto a los hispanistas, con el precedente de haber publicado en 1969, con el pleno apoyo del MIT la famosa *España, 1808-1939* de Raymond Carr, “Horas de España” también publicó a los norteamericanos Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX* (1970) y Stanley Payne, *La revolución española* (1971), de nuevo a Raymond Carr con una selección de textos en el que se recogía uno del propio Ricardo de la Cierva, *Estudios sobre la república y la guerra civil española* (1973), y un viejo texto del senador norteamericano John Brademas, traducido y actualizado por el historiador español Joaquín Romero Maura, *Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-37* (1974), textos todos ellos del agrado del MIT porque no tenían un tono antifranquista explícito y sí en cambio tendían a destapar las debilidades de la República.

³⁶ José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*. Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 384-429.

³⁷ Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político militar del período final de la guerra española*. Barcelona, Ariel, 1974, respectivamente, pp. 7-12, 20-21.

³⁸ Carta fechada en noviembre de 1973 (<http://www.euskomedia.org/PDFFondo/iruj/4272.pdf>) (acceso, 2-2-2012).

Luis Romero señalando que la obra había sido seleccionada porque simbolizaba “la peripecia de millares de hombres”.³⁹ El argumento volvía a aparecer en otros textos como, por ejemplo, el de Eduardo Domínguez Lobato, *Cien capítulos de retaguardia. alrededor de un diario. Documentos de la guerra civil española* (1973), un diario personal inédito que abarcaba del 18 de julio de 1936 al 17 de julio de 1937, y el de Eduardo Pons Prades, *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)* (1974), que se acompañaba de un prólogo en el que la periodista y escritora Montserrat Roig, resalta que, antes de por la propia ideología del autor, el libro era importante por el carácter de memoria generacional que poseía, en la que se mostraba que “el pasado no está hecho de una manera lisa, sino que abundan en él los escollos”.⁴⁰ En realidad Eduardo Pons Prades no era un autor completamente desconocido. Además de haber colaborado en revistas culturales desde los años cincuenta, la editorial Martínez Roca de Barcelona, le había publicado un texto el año anterior, un libro cuyo título, *Los que sí hicimos la guerra*, mostraba una indudable evocación generacional en la que se exaltaba a los exiliados que decidieron cruzar la frontera y seguir luchando contra Hitler. El MIT, por su parte, poseía abundante información política, literaria, personal y familiar del autor, de origen policial – incluso conocía los libros que planeaba escribir –, pero concluyó que el citado libro estaba escrita con tal esmero y evitaba criticar directamente al régimen, que “a pesar de estar escrito por un rojo no arrepentido, nos vemos obligados a considerarlo autorizabile con tachaduras”. Algo parecido se argumentó con el texto que editara Gregorio del Toro al año siguiente.⁴¹

La colección “Memorias de la guerra civil española” merecería al columnista Francisco Umbral un comentario jocoso como el siguiente: “el editor G. del Toro ha conseguido que cada español, o casi, cuente su batallita. Acabará habiendo tantos libros sobre la guerra como supervivientes”.⁴² Sin embargo, en 1974 Gregorio del Toro ya había comenzado a intercalar textos con significado político. Tales son los casos, por ejemplo, de las memorias de Jesús Hernández, quien fue ministro de Instrucción Pública y Sanidad en el gobierno de Negrín, *Yo fui ministro de Stalin* (1974), un texto fuertemente crítico con la política soviética en España durante la guerra civil, o el relato de la experiencia de Diego Abad de Santillán (quien regresaría a España en 1976) como dirigente del Comité Central de Milicias Antifeixistas de Catalunya, *Porqué perdimos la guerra: una contribución a la historia de la tragedia española* (1975), publicado en 1940 en Argentina, en el que lanzaba durísimas críticas al PCE; o el texto de Dionisio Ridruejo, *Escrito en España* (1976), un homenaje a este intelectual, que era visto por la oposición al franquismo como una suerte de punto de confluencia, en el aniversario de su fallecimiento; o en fin las *Memorias de un luchador. Los primeros combates* (1977) de Enrique Lister, regresado a España en 1977 de su exilio en Francia, salpicadas de críticas contra lo que llama “el carrillismo”, y que vienen a ser una justificación de su ruptura en 1970 con el PCE.

Principales colecciones editoriales dedicadas parcial o totalmente a la guerra civil

- Horas de España (Alejandro Argullós: Ariel, 1966).
- Pinya de Rosa (Dopesa, Barcelona) (1972).
- Memorias de la guerra civil española, 1936-39 (Gregorio del Toro, Madrid) (1973).
- Espejo de España (Rafael Borràs Betriu: Planeta, 1973).
- Biblioteca del 36 (Turner, Madrid) (1974).
- Acracia (Beatriz de Moura: Tusquets, Barcelona, 1975).
- Documents (Edicions 62, Barcelona) (1976).

³⁹ José Carrasco Canales, *Memorias de un artillero*. Madrid, Gregorio del Toro, 1973, pp. 5-9.

⁴⁰ Eduardo Pons Prades, *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)*. Madrid, Gregorio del Toro, 1974, p. 13.

⁴¹ Respectivamente, informe del expediente de consulta voluntaria, fechado el 4 de diciembre de 1972, informe de la oficina de enlace sobre Eduardo Pons Prades, fechado en 10 de octubre de 1973 (AGA, Signatura 73/02596, Expediente 14264), e Informe de consulta previa, fechado el 12 de noviembre de 1974 (Signatura 73/04456. Expediente 11644).

⁴² Francisco Umbral, “La guerra particular de cada español”, *El País*, 7 de julio de 1976.

- Textos Recuperados (Hispanerca, Madrid) (1976).
- Crónica General de España (José Manuel Caballero Bonald: Júcar, Madrid, Gijón, 1976).
- Historia secreta del franquismo (Ediciones 92, Madrid, 1976).
- Mosaico de la historia. Serie La guerra civil (Bruguera, Barcelona, 1977).
- Mosaico de la historia. Serie La era franquista (Bruguera, Barcelona, 1977).

Como decíamos, a la altura de 1974 el panorama del libro sobre la memoria y la historia de la guerra civil había comenzado a animarse notablemente. En 1974 Siglo XXI de España Editores comenzó a publicar sus “Estudios de Historia contemporánea Siglo XXI”. Ese mismo año haría su aparición también “Espejo de España” de la editorial Planeta de Barcelona, dirigida por Rafael Borràs Betriu. Éste había convencido el año anterior, al editor José Manuel Lara Hernández, de la necesidad de una colección pensada para informar de la historia española del siglo XX a través de testimonios y relatos de personajes relevantes, tanto del franquismo como del exilio, y estudios sobre ese período, una vez que se adivinaba la llegada del posfranquismo. Las tiradas de más de 15.000 ejemplares por edición y la convocatoria de un premio específico enseguida la convirtieron en la más famosa de todas las colecciones sobre la historia contemporánea de España.⁴³ El diario de Francisco Franco Salgado-Araujo, primo y confidente de Franco, *Mis conversaciones privadas con Franco* (1976), con más de 200.000 ejemplares en varias ediciones se convirtió, por ejemplo, en uno de los más importantes *best-sellers* del momento. A este texto se le atribuye curiosamente una de las más determinantes contribuciones a la desmitificación de la figura de Franco que tuvieron lugar por aquel entonces.⁴⁴

También en 1974, la editorial Dopesa (Documentación Periodística, S.A.) de Barcelona, rival de Planeta, comenzó a introducir (sobre todo en sus colecciones “Testimonio de actualidad”, y “Pinya de Rosa”, pero no sólo), testimonios sobre la guerra civil y sobre el franquismo, como por ejemplo las memorias de la escritora exiliada Teresa Pamiès, *Quam èrem capitans: Mèmories d' aquella guerra* (1974) y *Quan erem refugiats, memòries d'un exili: segona part de Quam èrem capitans* (1975). La primera de ellas le allanó el camino para su regreso a España. Dicha editorial intentó incluso imitar a Planeta con el texto de José María Pemán, *Mis encuentros con Franco* (1976), que había sido vetado por el propio Franco, pero no tuvo tanto éxito.⁴⁵ Igualmente tras la muerte de Franco, el editor catalán Joan Grijalbo se lanzó a publicar una serie de memorias y textos clásicos, como, por ejemplo, varios escritos del político socialista exiliado Juan Simeón-Vidarte, entre los que se hallaban *No queríamos al Rey. Testimonio de un socialista español* (1977) y *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español* (1978), o las historias de la UGT escritas por el también político socialista y dirigente sindical durante la guerra, Amaro del Rosal, quien regresó a España en 1975 (sobre todo la *Historia de la UGT en España, 1901-1939*, 2 vols., 1977), o la antología de textos de Hans Magnus Enzensberg, sobre Durruti, *El largo verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti* (1976) y, sobre todo, la famosa historia de la guerra civil de Hugh Thomas (*infra*). Asimismo, tampoco el editor catalán Francesc Bruguera, quien había hecho la guerra del lado republicano y en los años sesenta gozaba de una cómoda posición dedicado al libro popular, dejó pasar la ocasión para lanzar “Mosaico de la historia”, colección dividida en dos series: “La guerra civil” y “La era franquista”. La colección, que estaba asesorada por Luis Romero, se presentaba como “una tribuna abierta para la exposición de aquellas realidades que, de una manera u otra, han conformado la reciente historia de España”, e insistía en que “el propósito común, manifestado desde la diversidad, no es otro que el

⁴³ David Escolar Laplana, *Una colección para la transición. Espejo de España de la editorial Planeta (1973-1978)*. Madrid, Trea, 2012; Rafael Borràs Betriu, *La batalla de Waterloo. Memorias de un editor. Una reflexión políticamente incorrecta sobre el mundo de la letra impresa como trasfondo*. Barcelona, Ediciones B, 2003, pp. 451-462; y Sergio Vila-Sanjuán, *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*. Barcelona, Destino, 2003, pp. 28-36.

⁴⁴ Manuel Vázquez Montalbán, *Crónica sentimental de la Transición*. Planeta, Barcelona, 1985, p. 125.

⁴⁵ Georgina Cisquella, José Luis Erviti, José A. Sorolla, *La represión cultural en el franquismo*, p. 137.

esclarecimiento de las visiones de hoy”.⁴⁶ El libro más importante que publicó fue el de Teresa Pàmies, *Los niños de la guerra* (1977).

Para concluir señalaremos que casi todas de las editoriales que formaban la famosa distribuidora Enlace – la cooperativa de distribución del libro de bolsillo más importante que hubo en la España de la Transición –⁴⁷ tras la muerte de Franco también comenzaron a introducir las memorias de la guerra civil y del franquismo en sus catálogos. Edicusa (la editorial que publicaba la revista *Cuadernos para el Diálogo*), por ejemplo, publicó en 1976 *La guerra que yo viví. Crónicas de los frentes españoles*, de Jesús Izcaray, quien era presentado por como “el cronista de nuestra guerra civil más leído en nuestra zona republicana”. Carlos Barral, director de Barral Editores, en su sofisticada colección “Breve Biblioteca de Respuesta”, introdujo, a su vez, el famoso *Descargo de conciencia (1930-1960)* (1976) de Pedro Laín Entralgo, libro que se convirtió inmediatamente en un auténtico *best-seller*.⁴⁸ La también editorial del grupo Enlace, Laia, que estaba muy influida por el historiador Manuel Tuñón de Lara (éste había publicado allí en 1974 *La España del siglo XX*, un auténtico *tour de force* con el MIT), también introdujo en sus colecciones de bolsillo los tres volúmenes titulados *Tres años de lucha*, del político comunista, fallecido en 1942 en el exilio, José Díaz, así como las memorias de mítico general Juan Modesto, *Soy del quinto regimiento (notas de la guerra española)*, ambos con prólogo de Santiago Carrillo. Por su parte, Tusquets, que dirigía Beatriz de Moura, igualmente dedicó parte de su colección “Acracia”, al cargo del escritor exiliado de ideas libertarias, Carlos Semprún-Maura (hermano de Jorge Semprún), a textos relacionados con la guerra civil. El objetivo de esta colección era renovar el pensamiento libertario, de modo que sus organizadores no dudaron en incluir, entre sus primeros títulos, el conjunto de textos seleccionados por la historiadora feminista Mary Nash, *Mujeres libres: España, 1936-1939* (1975), que recoge los artículos que publicó en la prensa, entre 1935 y 1938, el colectivo de mujeres libertarias “Mujeres libres”. Y en fin, incluso la “Biblioteca de Divulgación política”, de La Gaya Ciencia, dirigida por Rosa Regás, también del grupo Enlace, considerada como un auténtico escaparate para para las fuerzas políticas en los años 1976 y 1977,⁴⁹ además de todo el contenido memorial que incluía en sus volúmenes, decidió dedicar uno específico al tema, *Qué fue la guerra civil* (1976), firmado por el escritor Juan Benet, quien lo iniciaba subrayando cómo la guerra seguía siendo durante la Transición un fenómeno completamente vivo.

⁴⁶ Recogido en Domenec Pastor Petit, *Espionaje (España, 1936-39)*. Bruguera, Barcelona, 1977, n° 1 de la colección.

⁴⁷ Sobre Distribuciones de Enlace, Carlos Barral, *Memorias*. Barcelona, Península, 2001, pp. 636-642; y Esther Tusquets, *Confesiones de una editora poco mentirosa*, Barcelona, RqueR, 2005, pp. 125-130.

⁴⁸ Julián Marías, “La confesión histórica”, *El País*, 22 de junio de 1966.

⁴⁹ “Presentación multitudinaria de la Biblioteca de Divulgación Política” (*El País*, 4 de junio de 1976).